

1936:
LA GUERRA INCIVIL

MIGUEL DE UNAMUNO

**1936:
LA GUERRA INCIVIL**

TEXTOS ESCOGIDOS

PÁGINA INDÓMITA

© de la presente edición,
PÁGINA INDÓMITA, S.L.U., 2026
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: mayo de 2026

Todos los derechos reservados

ISBN: 979-13-990995-7-7
Depósito legal: C-325-2026

ÍNDICE

Prólogo del editor	9
1936: LA GUERRA INCIVIL	17
Discurso en el Ayuntamiento de Salamanca tras el alzamiento militar	19
Carta a un socialista de buena fe	21
Unamuno está con los rebeldes. Entrevista de André Salmon	27
Una guerra entre la civilización y la anarquía. Entrevista de H. R. Knickerbocker	33
Entrevista en Salamanca con Miguel de Unamuno, por Merry Bromberger	39
Una visita a Unamuno. Entrevista de Johannes Brouwer	43
Entrevista de Nikos Kazantzakis	51
Contra la barbarie marxista. Entrevista de Jérôme y Jean Tharaud	57
Un gran español habla de su patria. Entrevista de Roman Fajans	67
Carta a Maria Garelli	73

Carta a Lorenzo Giusso	79
Carta a Esteban Madruga	85
Carta a Francisco de Cossío	87
Primera carta a Quintín de Torre	89
Carta a Henry Miller	93
Carta a Juan Carretero	99
Segunda carta a Quintín de Torre	103
«Vivo en un infierno, en la locura colectiva»: Entrevista de Georges Sadoul	107
ADENDA. NOTAS DE UNAMUNO SOBRE LA GUERRA CIVIL	111
El resentimiento trágico de la vida	113
Manuscrito del 28 de diciembre	121
Bajo la dictadura de Franco...	123
Índice onomástico	125

PRÓLOGO DEL EDITOR

En este volumen, ofrecemos al lector una selección de escritos y declaraciones de Unamuno que permiten reconstruir su trayectoria desde el estallido de la Guerra Civil hasta su fallecimiento meses después, el 31 de diciembre de 1936.

El autor, con su lucidez característica, había atisbado muy tempranamente el desastre que se avecinaba. Tanto es así que ya en 1934, días antes de que estallase la Revolución de octubre, había escrito en las páginas del periódico *Ahora*: «Estamos viviendo en una guerra civil incivil. Se habla de desencadenamiento de pasiones. ¿Pasión? Más bien insensatez. Y hasta locura. Una verdadera epidemia». ¹ En el mismo artículo, el escritor profundizaba en ese «fenómeno de polarización»:

Se pierde el sentido dialéctico. O marxistas o fajistas.²
[...] Y de tal modo se ponen las cosas que los que queremos mantener el sentido histórico, que es sentido dialéctico,

1. «Y después, ¿qué?», *Ahora*, 3 de octubre de 1934.

2. Unamuno empleaba con preferencia los términos *fajismo* y *fajista* en lugar de *fascismo* y *fascista*. Para las explicaciones que ofreció al respecto, véase, más adelante, pp. 114n-115n.

sentido liberal, prevemos con tristeza que lleguen tiempos en que predominando uno u otro polo de esta polarización —pues da lo mismo el uno que el otro— tengamos que emigrar de nuestra España. [...] Venzan los unos o los otros, no se podrá hablar y escribir con verdadera libertad.

Sin embargo, cuando en julio de 1936 tiene lugar el alzamiento militar que da comienzo a la Guerra Civil, el autor apoya inicialmente al bando sublevado, pues lejos de ver en ese alzamiento un golpe del fascismo, piensa que servirá para restablecer el orden republicano en un país sumido en el caos. Y es que debemos recordar aquí que la proclama que manda publicar el general Franco apela a los valores republicanos, a «la trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD»,³ del mismo modo que conviene recordar que Unamuno siempre fue muy crítico con el fascismo.⁴

3. Las mayúsculas son del documento original.

4. «El hediondo fajismo», en sus propias palabras, al que dedicó incontables artículos desde comienzos de los años veinte. Así, sobre Mussolini: «Ese trágico partiquino que es Mussolini, el caudillo peliculero de los camisas negras, sigue arrastrando a Italia por senderos de perdición. Ni se prevé adónde pueda ir a chocar esa noble nación empujada por la demencia imperialista de los fajos» («Los monaguillos fajistas», *El Mercantil Valenciano*, 4 de noviembre de 1923).

A Hitler le dedica este pasaje, entre otros: «En este siglo, que se anuncia anti-liberal, anti-individualista, ¡qué absurdas individualidades —no personalidades— se alzan como exponentes de colectividades sin juicio! ¿Es que cabe nada más impersonal, más borroso, que ese pobre *Führer*, un deficiente mental y espiritual? ¿Cómo puede fascinar a una masa humana —no digo pueblo— un sujeto de tan escandalosa ramplonería?» («Cruce de miradas», *Ahora*, 21 de diciembre de 1934).

Y en el fundador de la Legión, Millán-Astray, ve ya muy pronto, a principios de los años veinte, a un «Mussolini en ciernes»: «[Los jóvenes] están cobrando una concepción cinematográfica de la vida. Y así se explica que Millán-Astray, el despechugado, ese “héroe” de cine,

Así, en su primera intervención pública, que tiene lugar en el Ayuntamiento de Salamanca el 25 de julio, nuestro autor llama a apoyar al «pueblo armado» que, con ayuda del Ejército, combate al gobierno de Azaña. Y va más allá en su llamamiento: «Hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana tan seriamente amenazada».⁵

Dada la gran reputación del escritor en el extranjero, los golpistas intentarán instrumentalizar este apoyo, empleándolo como propaganda internacional. A tal fin, orquestan y supervisan varias entrevistas de Unamuno con periódicos extranjeros, mediante las cuales esperan revestir de legitimidad el alzamiento.

Pero ante la represión que se desata en la zona sublevada, nuestro autor no tarda en desengañarse y, reafirmando en su posición liberal, denuncia las atrocidades de ambos bandos, la barbarie de unos y otros —o *hunos* y *otros*, como a él le gusta decir.

Epítome de su posición y de su coraje cívico es el célebre enfrentamiento con Millán-Astray, por esas fechas jefe de la Oficina de Prensa y Propaganda. El episodio tuvo lugar el 12 de octubre en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, en un acto con motivo del entonces llamado Día de la Raza. Unamuno, en calidad de rector y en representación del general Franco (quien no había podido acudir), presidía la mesa de los conferenciantes, y no estaba previsto que interviniese. Pero ante lo que allí se decía, acabó tomando la palabra y enfrentándose a Millán-As-

haya podido ser una figura representativa para una parte de nuestra juventud. [...] Y todo ello delata una enfermedad peligrosa. La enfermedad que sume a los pueblos en la abyección de la servidumbre» («Disciplina escolar», *El Mercantil Valenciano*, 22 de noviembre de 1922).

5. Véase, más adelante, p. 20n.

tray. Desconocemos qué palabras exactas se pronunciaron en tal enfrentamiento, pues si bien el acto se emitió por la radio, no hay registros escritos de las intervenciones. Lo que nos ha llegado son diversas versiones de los asistentes o de quienes ni siquiera estaban en el acto, como es el caso de Luis Portillo. A él se debe el relato más famoso de lo ocurrido —publicado en la revista *Horizon* en 1941 y popularizado luego por Hugh Thomas en *La guerra civil española* (1961)—. Sí sabemos hoy, no obstante, que es probable que Unamuno dijese «vencer no es convencer» (en lugar de «venceréis, pero no convenceréis») y que el grito de Millán-Astray quizá fuese «¡Muera la intelectualidad traidora!» (y no «¡Muera la inteligencia!»). Sea como fuere, podemos hacernos una idea bastante aproximada de lo ocurrido si atendemos al relato que el propio Unamuno ofreció en varios escritos y entrevistas; por ejemplo, en una carta a su amigo Quintín de Torre:

En una fiesta universitaria que presidí, con la representación del general Franco, dije toda la verdad, que vencer no es convencer ni conquistar es convertir, que no se oyen sino voces de odio y ninguna de compasión. ¡Hubiera usted oído aullar a esos dementes de falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrión que es Millán-Astray!⁶

La prensa del bando sublevado intentó silenciar lo ocurrido, pero varios hechos dan cuenta de la gravedad del enfrentamiento. Al día siguiente, el jefe de la Falange de Salamanca, Francisco Bravo, escribe al hijo mayor de Unamuno, Fernando, quien se halla en Palencia:

6. Véase, más adelante, p. 90.

Me he enterado de un grave incidente suscitado con ocasión del acto del Paraninfo, dedicado a la Fiesta de la Raza. Tu padre, que no quiere darse cuenta del ambiente aborrecido propio de la guerra civil en que vivimos, dijo unas cosas que suscitaron protestas crudas y violentas de los asistentes, con Millán-Astray a la cabeza, según me dijeron Firmat y otros amigos.

Creo, Fernando, que debes irte a Salamanca y convencer a tu padre de que, en tanto duren las circunstancias, evite actuaciones públicas que alarmen o indignen a gentes que andamos metidos en la guerra [...]. Sería doloroso que a tu padre, cuya contribución al movimiento nacional es tan significativa y magnífica sobre todo para el extranjero, *pudiera sucederle algún incidente desagradable*.⁷

Y pocos días después, el 18 de octubre, Millán-Astray alude al autor en un discurso pronunciado durante la visita al Cuartel del Requeté salmantino:

¡La intelectualidad! Los frutos del intelecto, el avance de la inteligencia, el adelanto de la ciencia, dirigidos hacia el bien de la Humanidad y de la Patria, serán ensalzados, recompensados, se les entregarán laureles, recibirán el aplauso y la reverencia de todos. Pero ¡ay! de aquellos que marchen por las sendas tenebrosas y los que empleen los caminos sutiles, los disfraces, los juegos de palabras desde los que se lanza la flecha ponzoñosa y se esconde el pecho; de los que arteramente viertan sobre las aguas puras y cristalinas de las almas sencillas las drogas paradisíacas que

7. Carta conservada en el archivo de Miguel de Unamuno Adarraga y recogida en Colette y Jean-Claude Rabaté, *En el torbellino. Unamuno en la guerra civil*, Marcial Pons, Madrid, 2018, p. 166. La cursiva es nuestra.

conducen a la abyección y al envilecimiento. *Esos serán fulminados.*⁸

Y, lo más importante, tras el enfrentamiento, Unamuno se ve privado del acta de concejal y del título de rector de la Universidad de Salamanca, y pasará los últimos meses de su vida bajo arresto domiciliario. En palabras del propio autor:

No quieren que vaya a contarle al mundo por qué me expulsaron de la Universidad, que diga que están llevando a cabo ejecuciones masivas tras las líneas porque no han tenido éxito en el frente. Pero he escrito al extranjero, a Francia, a Inglaterra, a Portugal, para contar lo inaudito, sádico, cruel, bestial que es este movimiento. [...] Me vigilan, no me dejan salir, pero aún no me han fusilado.⁹

Quiero que se sepa cuál es mi posición frente a esta terrible contienda, quiero que se sepa que si me adherí al levantamiento de Franco contra la barbarie del «Frente Popular», no renuncié a intentar atajar la barbarie de la reacción a este, el fascismo. Y que por haber intentado cortar el terror blanco de asesinatos y confiscaciones me veo en prisión y en desgracia. Diga a los españoles liberales e inteligentes que conozca que no piensen en volver acá, que el fascismo español es aún peor que el italiano o el alemán. Que es odio a la libertad de conciencia, odio a la inteligencia, odio a la libre individualidad. ¡Pobre mi España!¹⁰

8. Publicado en *La Gaceta Regional*, 19 de octubre de 1936, y recogido en Colette y Jean-Claude Rabaté, *op. cit.* La cursiva es nuestra.

9. Entrevista de Georges Sadoul. Véase, más adelante, p. 109.

10. Carta a Henry Miller. Véase, más adelante, p. 97.

Fiel a sus convicciones liberales, Unamuno no cejará en su denuncia de la barbarie hasta su fallecimiento repentino, ocurrido durante la visita del falangista y profesor universitario Bartolomé Aragón, la tarde del 31 de diciembre de 1936.

1936:
LA GUERRA INCIVIL

DISCURSO
EN EL AYUNTAMIENTO DE SALAMANCA
TRAS EL ALZAMIENTO MILITAR
25 de julio de 1936

Se trata del primer acto público de Unamuno tras el golpe de Estado. Aquí ofrecemos la transcripción del borrador del discurso y, en nota al pie, otra versión, ligeramente distinta, recogida en las Actas de las sesiones del Ayuntamiento.¹ Además, La Gaceta Regional de Salamanca publicó el día 27 una versión similar a la recogida en dichas Actas, si bien el periodista parece reproducir algún pasaje libremente.

Debo decir al pueblo de Salamanca —al pueblo— que me considero hoy aquí como un elemento de continuidad. El pueblo me trajo acá, al Ayuntamiento, al traer la Repúbli-

1. Es la siguiente:

«Pocas, muy pocas palabras he de pronunciar. Debo decir al pueblo de Salamanca —al pueblo— que me considero un elemento de continuidad, pues soy concejal desde el 14 de abril de 1931, designado por el pueblo. En todo momento he servido a España por la República, y mi posición es bien clara; no quiero extenderme en consideraciones sobre el momento presente que no es pugna de ideas ni de doctrinas, es sencillamente un estallido de malas pasiones, y para que España viva hay que salvar la civilización occidental que está en peligro.

»Aquí estoy en lo que lo permitan otras atenciones y la edad. Este espectáculo lamentable y triste es debido no solo a esas malas pasiones,

ca, en las elecciones del 12 de abril de 1931, y me llevó luego a las Cortes Constituyentes como su diputado; y aquí y allí, a servir a España en el régimen que ella se ha dado. Últimamente me he mantenido en mi rectorado universitario, apartado de mi función aquí, en vista del estado de malas pasiones que venían hundiendo a España en la anarquía. Y con las malas pasiones, vino un rebajamiento de la mentalidad popular, ya que se ha envenenado al pueblo con las más crudas teorías. Y ahora, al llamarme acá lo que de sano queda, el pueblo regularmente armado, acá vengo a seguir sirviendo a España. Y algo más, pues cuando oigo como un grito de liberación y de independencia espirituales «¡Viva España!», pienso que hay algo más alto aún, porque España no es para nosotros los españoles solos, y hoy ante la humanidad civilizada nuestro deber es acudir a salvar la civilización occidental, la civilización cristiana, que corre peligro. Aquí me tenéis, a mis años, a continuar la lucha, ya que he visto los pueblos de estos campos entregados en gran parte a la gestión de delincuentes, amnistiados o no, y de dementes, que es peor acaso, y he visto a su juventud y a su niñez educadas en el odio y en la envidia y en la más triste confusión de supuestas ideas. A salvar, pues, la civilización occidental.

sino a que se está creando una generación de idiotas con juventudes cuya mentalidad es de chicos de corta edad.

»Al ir diariamente a mi despacho de la Rectoral, contemplo y admiro la estatua de Fray Luis de León, una de las mejores que tiene Salamanca. Y su gesto admirable, la mano tendida como aconsejando calma y meditación, me parece la encarnación más acertada del consejo que pueda darse en estos momentos actuales.

»Hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana tan seriamente amenazada; mi posición es de todos bien conocida, consecuencia de que muchos pueblos son regidos en forma tal que puede asegurarse que entre los dirigentes no falta ningún presidiario.»